

Eduardo Rodrigálvarez

Noche y día/ se adhirió a ella/ respirando./
sintiéndola en su interior/ en cada una de
sus huellas./ gozando/ en sus ecos.

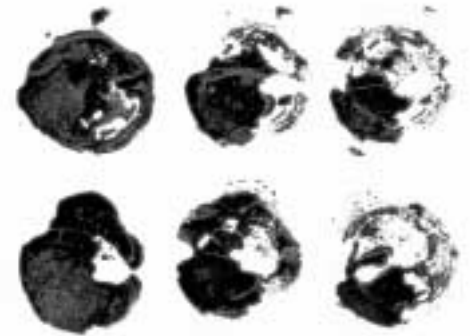
“Gandiaga recoge el abanico de la vida”

(Pello Zabala, compañero franciscano, recuerda el itinerario personal del poeta)

¿El poeta de la vida? ¿del dolor? ¿de la naturaleza? Pues sí, probablemente Bitoriano Gandiaga sea eso y mucho más si es que esas tres cosas pueden aspirar a más sin caer en la exageración por un exceso de literatura. La vida, el dolor, la naturaleza, las tres pasiones de un poeta que si se puede definir como el de la unanimidad. Nadie cuestiona a Bitoriano Gandiaga. Ni de un lado, ni del otro; ni de antes, ni de ahora. Seguramente, Gandiaga es el poeta más moderno de la literatura vasca porque es el poeta de la sencillez, del silencio, del recogimiento. El poeta de la vida porque responde a su propia vida. “Gandiaga recoge el abanico de la vida. Porque se trata de alguien que lo ha vivido todo de forma muy profunda. Es el hijo mayor en un caserío apartado. El padre está fuera. Cuando había algún problema le mandan con su tío Eulogio y allí vive en otro ambiente. Estas vivencias le dieron una gran profundidad”, afirma Pello Zabala compañero franciscano de Bitoriano en el santuario de Nuestra Señora de Aránzazu.

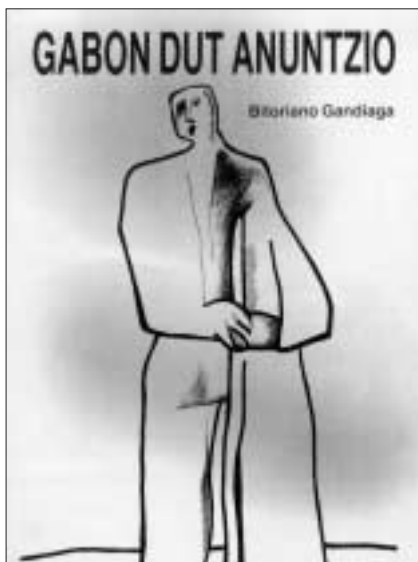
Gandiaga está ligado a Aránzazu, a su paz y sobre todo a sus montes. Aunque no todo fue felicidad y alegría, allí, por distintas razones, el poeta vivió cada momento desde su infancia. “Bitoriano no había tenido estudios. Aquí vino a los 13 años y era de los mayores. Esos dos años de más se notaban. Estaba más arriba que nadie, pero no podía con el latín y el castellano”. Para alguien que proviene del mundo rural, con una lengua natural, el euskera, casi única, la adaptación no podía ser fácil, ni en la vida cotidiana ni en la pasión por las letras que pronto se despertó en el joven Gandiaga, nunca comparable a su amor por la naturaleza: “En el trabajo de engarce con las palabras era más tosco” recuerda Pello Zabala, “el buscaba ser hondo, muy comprimido. Las ideas le venían en el monte y allí componía con dos palabras. En breves momentos encontraba tres ristas de palabras y las iba trabajando como le gustaba trabajar la madera, con detalle con esmero, pero con mucho trabajo”

Hay que tener en cuenta que en aquellos años (1953) en Aranzazu no se hablaba euskera y el castellano era bastante flojo. En Olite, donde tenía una hermana, se producía el despertar del euskera. Allí había libros y allí Bitoriano encontró un mundo apasionante que sin duda influyó en su devenir literario” A partir de entonces es cuando Bitoriano Gandiaga empieza a escribir y el euskera está ligado a la defensa de la tierra, del sistema tradicional del caserío a la vida pastoral, entonces muy escasa de referencias literarias. “En 1954-55 empieza a escribir. Comienzan sus trabajos en euskera relativos a la vida pastoral. Es un tiempo de crisis porque Bitoriano está empeñado en sacar adelante a los caseros. Que el caserío pueda sobrevivir en un medio que ya empieza a ser dificultoso”. Son sus primeros trabajos, el primer Gandiaga, lógicamente ocupado en lo que consideraba las tareas más urgentes, pero al mismo tiempo “la vida en comunidad era complicada para él” señala Zabala. “Se levantaba



Sobre la tierra/ he adquirido un derecho./.
He llegado a ser alguien/ desde la tierra.

He de morir,/ y mis entrañas/ se convertirán
en tierra./ Aleluya.



He de morir,/ y mis huesos/ serán piedra
en la tierra./ Aleluya.

a las 4,30 de la mañana, a oler el día, a vivir el día y la naturaleza. El tenía el día lleno. No buscaba los tópicos, sino otras cosas, porque vivía muy intensamente”. La vida siempre ligada a la naturaleza, hoy reconocible en varios kilómetros alrededor del santuario de Aránzazu. Pello Zabala y los otros monjes reconocen los pasos de Gandiaga por aquel valle, su recuerdo y los vestigios dejados a su paso: “Aquí plantó 4.400 árboles y sin embargo una vez pidió permiso para comprar unas botas y el superior le dijo que para que quería esos zapatroncos. Con nosotros encontró el hueco y recibió felicitaciones por su poesía religiosa. Él estaba muy contento con el trabajo de Pascua porque venía a cubrir un hueco grande en el terreno de la poesía religiosa”

En pleno apogeo de su contacto con la naturaleza, de su trabajo con los chavales, de su espíritu constante de búsqueda de la perfección a través del conocimiento detallado de las cosas, surge el Gandiaga poeta que se convierte en punto de referencia de la poesía vasca. “En *Uda batez Madrilen*” relata el contraste del monte con la ciudad. Describe el movimiento de la ciudad con los ojos abiertos y con asombro. En Denbora, cuenta sus reacciones”. *Uda batez Madrilen* constituye probablemente su mejor obra. La más profunda, por ser la más sencilla, la más introspectiva, por ser la más abierta. La tentación de sucumbir al tópico de la ciudad era evidente en alguien que se identifica en cada árbol, en cada helecho de su entorno. Bitoriano no cayó en él, simplemente se sumergió, indagó como acostumbraba, se asombró con la conjunción de ritmos cotidianos y lo puso en verso, con esa poesía sencilla pero tersa que siempre le guió.

Gandiaga era sencillo por plural. Plural en su actitud y plural en sus admiraciones: “Le gustaban San Juan de la Cruz y Gloria Fuertes, por ejemplo. Gloria admiraba a Gandiaga y Gandiaga a Gloria Fuertes de la que extrañaba su capacidad para fumar tanto. También admiraba a León Felipe, a Rigoberta Menchú, a Blas de Otero. Y, sobre todo, leía mucho a los clásicos”, afirma Pello Zabala que no oculta su emoción cada vez que rememora a su amigo y compañero. La huella de Bitoriano Gandiaga es muy profunda en Aránzazu, como si sus raíces se hubieran clavado en cada palmo de terreno, algo que le hace eterno. En cierto modo, Gandiaga era como el propio santuario: una mezcla de tradición y modernidad, pero una mezcla que no chirría como no chirría el retablo de la iglesia con el contorno de los edificios.

Pues sí, también fue el poeta del dolor, el poeta doliente, porque sentía profundamente. Tanto como vivía, así sentía y eso podía traducir un cierto sentimiento triste de la vida. Zabala recuerda que “en general falta la visión alegre y pascual de la vida”.

Y luego estaban las palabras, el instrumento del poeta que amaba lo natural. El Diccionario lo manejaba muchísimo. La naturaleza es sencilla, se trata de detenerse a gustar, fijarse en las líneas de la madera. Por eso disfrutaba con los chavales, en las clases, aunque le gustaba la perfección, poner todos los sentidos en lo que se hace en cada momento. En eso era absolutamente estricto, incluso demasiado” afirma Zabala que hace especial hincapié en esa actitud perfeccionista de Gandiaga, empeñado en conocer las cosas hasta el final, sin perderse nada de lo que ofrecían”.

He de morir,/ y de este modo/ seguiré sien-
do tierra en la tierra./ Aleluya.

Amo la tierra de todo corazón./ La amo/
en sus árboles y flores/ la tierra/ se ofrece
como fruta y pan;/ nos suministra el agua
de los manantiales,/ los peces de los ríos y
los animales./ Amo/ a la madre/ de los
barcos y aves metálicos.

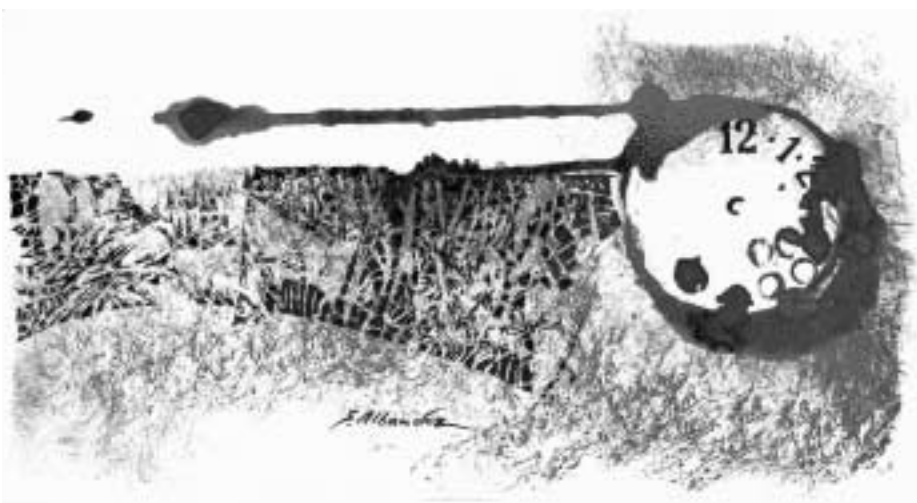
En ese entorno general, donde prevalecía la humildad, Gandiaga respondía grafológicamente a lo que se podía esperar de él: “Escribía a mano con una letra de trazos fuertes”, dice Gandiaga. “Siempre corregía dos o tres veces. Al día siguiente también. A pulir, siempre a pulir más”

Todo tuvo su fin. Gandiaga dejó una obra sucinta pero histórica en la poesía vasca. Una obra fuerte que miraba hacia adentro y hacia fuera, con un lenguaje sencillo pero lleno de sensibilidad.

Zabala reconoce que “Gandiaga tuvo la suerte de vivir en el seminario, desligarse de aquí y vivir en euskera le liberó. Luego llegó el problema de su salud mental y física. La depresión le atacó al corazón. No era capaz de atender el trabajo del santuario. Toda su crisis se va a traducir en un problema con las enseñanzas a los chavales y tiene que darse cuenta de que el trabajo tiene que ser de otra forma distinta a la que el siempre había pensado: la exigencia máxima. Todo le afectó. Entonces decidió acudir al psiquiatra y nosotros le ayudamos”

Todos le ayudaron, Gandiaga recibió homenajes, pero sobre todo el reconocimiento cotidiano del público, del entorno. Se convirtió en un poeta elegido por los cantantes, “aunque a él siempre le extraño oírse en la música. No tenía mucha sensibilidad para la música y cuando escuchaba alguno de sus poemas en la voz de un cantante siempre decía ¡Ay va, si es distinto, que vestido más distinto!”, dice Zabala. “Pero acabó gozando de la música, tanto que en la fiesta de Olentzero él dirigía los cantos”.

Su estela se apagó, pero quedaron sus versos, y esos 4.400 árboles que plantó en sus largos diálogos con la naturaleza cuando se levantaba de madrugada “para oler el día”



Vivo en la tierra, sí,/ en la tierra./ En la tierra encuentro la materia de vida/ y el hogar de la vida.